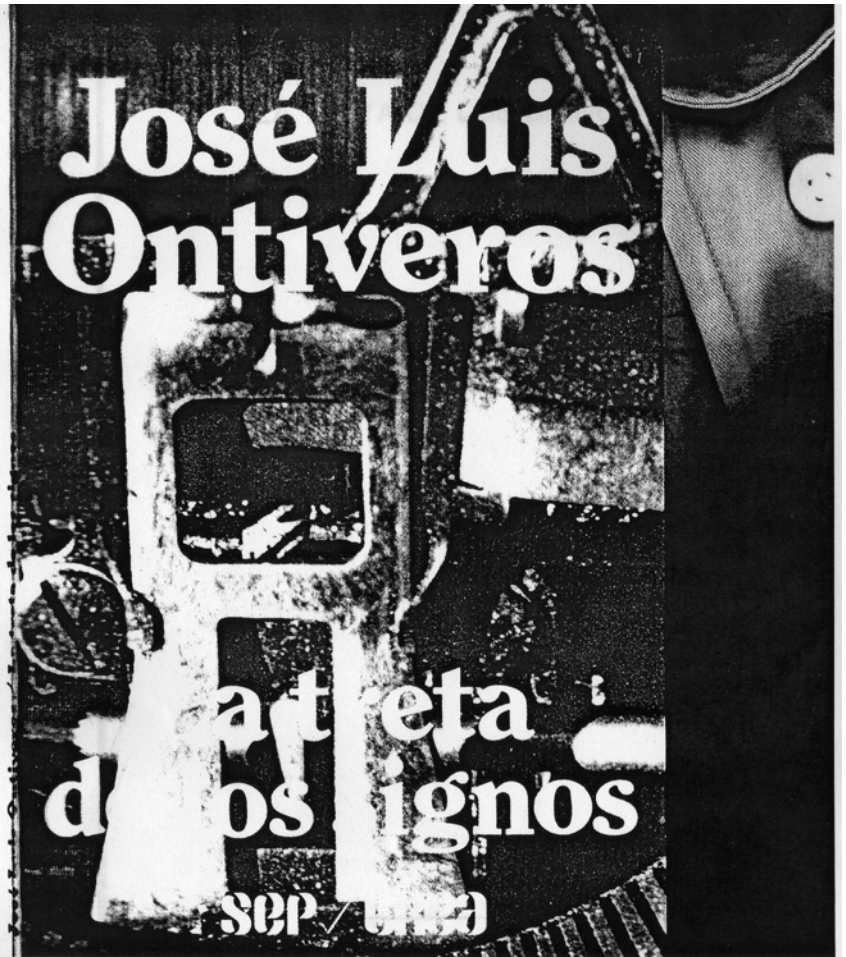




José Luis Ontiveros (México, D.F., 1954) estudió literatura en la UNAM. Ha colaborado con ensayos y relatos en diferentes publicaciones: *Sábado*, *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México* y *Casa del Tiempo*. Es miembro del consejo editorial de la revista española *Punto y Coma*. Actualmente trabaja, como articulista y corrector de estilo, en la sección cultural del periódico *UnomásUno*.

Letras nuevas



A MANERA DE PRÓLOGO

Fijé los ojos en la muchedumbre para contemplarlo en imágenes ciegas y distantes.

Sé que se ha propuesto reflejarse en múltiples espejos históricos, formando ataduras invisibles. Se describe a sí mismo como un forjador de sueños. Ahora sus palabras han adquirido la tangibilidad asesina de la carne: cuello grueso, estatura pequeña, tono ronco. Ha dejado de ser la página misteriosa de una biblioteca, el recuerdo a tinta de una cinta, el fragmento absoluto e inaccesible.

No he podido creer aún en su muerte definitiva como presumiblemente tampoco lo creyeron los que lo vieron morir en edades distintas, para las que representó la caligrafía sagrada de el Corán, o la imagen de los herejes y de las espadas.

Cuando escribo estas líneas su figura se ha borrado, ha huido de mi memoria y de mi vida como pierde valor una verdad cuando la comprendemos, o una mujer que ya no tiene enigmas que presentarnos.

Recuerdo que una tarde que platicué con él en una banca húmeda del Parque México evocó la gloria de los antiguos, afirmando que ella reside en que son improducibles. Así, dijo, mientras miraba a una muchacha que paseaba a su perro, de Homero tenemos la idea

de que fue ciego, quizá no toleraríamos los pliegues tortuosos de su rostro, la lliada dejaría de ser creíble; pensé para mí, entonces, que de Cervantes y Pound conservamos idealizaciones iconográficas, jamás la visión de un signo vencido; por supuesto no me atreví a confesárselo. Luego, como lo ha hecho en tiempos distintos, desapareció.

Ahora me toca como una desdicha premeditada recordar al autor irreal; esa imagen torturada que se me ha encomendado cuenta las vicisitudes de un mismo personaje que tergiversó la historia, y que fue incapaz de construir una ficción. Se trata entonces de un hombre que puede ser todos los hombres o ninguno, en él se reprodujeron distintos destinos: los que alcanzó en la limitada experiencia de la vida, los que se reflejaron en sus sueños o en los sueños de los otros, los que comprendieron sus lecturas, o los libros imaginarios que creyó leer. Por ello es que el hombre de voz ronca, con el que hablé una tarde de lluvia en el parque, cubrió con máscaras distintas un rostro idéntico; él ha vivido en épocas y en circunstancias diversas, ha sido o creyó haber sido maestro, hereje, conquistador, doctor, bibliotecario, pirata, etcétera (incluso pretendió asistir en una de sus reencarnaciones a un diálogo angélico).

La treta de su vida —que fue o que nunca ha sido— es la revelación que cada uno tiene de sus avatares. Posiblemente el lector, sus amantes o sus ancestros pudieron encontrarlo y quizá, como yo, lo odiaron; quedan de su presencia desolada y simbólica estas pobres páginas.

EL MAESTRO

Era difícil soportar la lección del maestro; en la vieja casona de roperos y camas de hierro su voz se sentía extraña, irrenunciablemente distante, turbiamente agotadora. Julius no se explicaba la manía de su padre de apartarlo de las escuelas de su clase para encerrarlo en el cuarto de mapas, arcabuces y tinteros. Se le antojaba molesto el que inconscientemente calificara su estado con una frase, que en las clases se le había repetido como la norma del místico: "Este discurso no está dirigido a nadie, fuera del que ya lo considere como su propia vida." Él no quería palabras ni secretos, había nacido para afirmar su existencia en la verdadera vida, donde se tiene que dominar, apartándose de las influencias perturbadoras y de las reflexiones viciosas.

La historia del maestro era un ajedrez de signos, nunca había jugado con una sola pieza, en sus momentos de abyección —los cuales se extendían por días enteros—, era el anónimo peón que perece por un destino ineluctable, pero a veces su energía escapaba a los hechos reales para ser un anguloso alfil, un poderoso caballo, o un rey desdeñoso de memoria frágil.

Todos sus propósitos por despertar en el joven un repudio por el ideal de una vida elegante y vacía habían fracasado; le dio a leer los Cantos en que los dedos de la aurora besan las bronceadas armaduras; lo condujo a la desesperación para abandonarlo y en el momento

preciso marcarlo con hierro; lo indujo a la conquista de una locura; le predicó el asco de sí mismo y del disecado mañana de los escarabajos. Lo atacó sutilmente en un principio, lo atrajo brevemente por la poesía; lo perdió cuando Julius —con contundentes argumentos— le demostró la cobardía de no adaptarse a las exigencias de la acción.

Parecía que los papeles se habían trocado, ahora Julius trataba de infundirle la veneración por lo profano. Exaltó el deseo de ser como los sapos hinchidos de hostias líquidas, o buscar en la sombra la luz que se adivina fugaz en las pupilas de los gatos. Le reprendió por su inacción, apelando a los principios de la utilidad y del "sentido común".

Probó que quien no se esfuerza en su trabajo ha perdido la fe en el cielo, porque al hombre le ha tocado terminar la creación; que las facultades intelectuales únicamente sirven para discernir una modesta virtud; que el esforzarse por la eficiencia es más valioso que todos los libros.

Era casi imposible saber cómo Julius, en medio de sus pitilleras de plata, de sus trajes suaves y de su predilección por los perros de caza, había podido formular una filosofía implacable con fragmentos abigarrados. Nunca había puesto atención en ningún tema abstruso, tan sólo había llegado a escribir un artículo sobre lo inútil que resultaba el pesimismo de Schopenhauer. Prefería hojear sus grandes libros de equitación con gráficas a colores y aproximarse a la dureza secreta de los grandes pezones ahogados en un acuario de marfil. Su figura esbelta escapaba a los párrafos con que se atiborran los estantes de la biblioteca.

Quizá el maestro empezaba a guardarle resentimiento

por su resuelta independencia y su firme determinación de abandonar el camino del espíritu, que idealiza el desamparo del asceta y los estigmas del dolor. Reflexionando sobre sí, se dio cuenta de que le era imposible soportar la insubordinación, abdicar de su misión, retroceder por el respeto. La piel delicada y blanca de Julius, sus manos delgadas, sus ojos penetrantes no podían ser un simple objeto bello. Nadie debería mirar su cuerpo desnudo y perfecto. De alguna manera debía salvarlo —aunque él se opusiera—, no importaba que cada vez inventara pretextos para rehuirlo, que incluso se hubiera confabulado con su padre para cansarlo a base de humillaciones.

En su rostro se acentuó lo cetrino y el mechón de cabellos que caía sobre sus pobladas cejas empezó a caerse a montones. Sus brazos temblaban al sostener un libro o llevarse la cuchara de la sopa a los labios en la comida.

Pensó que sólo tenía una posibilidad de redención, recordó el tiempo en que sintió arder con fidelidad una emoción; sin embargo, ahora no se empeñaba en una empresa abstracta de las que Julius odiaba. Era tan tangible como un escalpelo abriendo un tumor, iba a realizar el único acto concreto de su vida.

Recordó, una a una, las inverosímiles justificaciones de que se había valido para rechazar su universo; examinó con la atención de un esgrimista cada afirmación. Se encontró en un tablero desierto y borroso. En las tardes en que caminaba por el parque, los pájaros sugirieron una parábola, interminable y dispersa, por la cual sintió que su vuelo indicaba la obligación de perfeccionar la creación, aun a costa de clavar una amatista en la mente de un Dios indiferente.

Esa noche se vistió con esmero; se colocó un fistol y tomó un libro bajo el brazo; sus ojos brillaban y en sus pasos precipitados parecía escucharse el zumbido de un enjambre de moscas; tocó tres veces la aldaba de la puerta de roble; un criado le abrió y le indicó que Julius se estaba bañando, que aguardara o regresara mañana; no contestó nada, se puso a pasear nerviosamente por el salón, fijando sus ojos en un cuadro que representaba el "Martirio de San Sebastián". Se escurrió por una puerta lateral y alcanzó a divisar unas blancas piernas con incipiente vello, colgando de la tina; se acercó extrayendo de la bolsa derecha del saco una navaja. La sangre de Julius convertida al espíritu se esparció por el agua.

EL HEREJE

*Antes que el hombre sea iluminado por el Espíritu Santo,
es como una piedra, un tronco o un poco de barro*

(Confesión protestante citada por Moheler)

Las llamas se alzaban lentamente, como suspendidas en un tiempo infinito, su cuerpo doblado hacia adelante era uno más de los troncos abrasados, en el fondo de la plaza se escuchaba un grito solitario, mientras que una herejía ardía a través de todas las edades.

Él nunca se había propuesto ser heterodoxo, había llegado al error, inopinadamente, como un hombre de buena fe que lee por primera vez los evangelios sin querer transgredir el orden de la iglesia católica, sin querer, tampoco, proclamar una nueva enseñanza. La herejía lo había asaltado en el camino, humillándolo y desvaliéndolo, para después abandonarlo con la ciega decisión de la verdad.

Pensó una mañana, observando un pescado en un estanque, que éste compartía la misma naturaleza que el universo, esto es, la esencia inmutable de lo que ha sido creado por la omnisciente voluntad divina; de alguna manera él era como el pez observado en la fuente, una idea en la memoria de Dios, luego podía ser un guijarro, una nube o un excremento. Nada se libra de formar parte del todo.

Este concepto se le antojó irreverente y clandestino, se dijo que si efectivamente era cierto, la suprema autoridad de la Iglesia, como la del Estado, es falsa, ya que sustancialmente en nada se diferencia el vicario de Cristo del más contumaz de los herejes, como el emperador del más cruel de los rebeldes, razonó que el establecer estas sacrilegas analogías era ya un atrevimiento, sangriento e irrepetible como el desflorar a una doncella.

Por ese tiempo le ocurrieron dos cosas importantes, se enteró con fingido pavor intelectual de los desaguisados realizados por los furiosos anabaptistas en Alemania, y descubrió un texto griego donde pudo leer el origen de su tesis. Dedujo de cada acontecimiento una cosa distinta, creyó ver en la sublevación de los sectarios la irreversible práctica de sus ideas, posiblemente los aldeanos alemanes que siguieron a improvisados profetas campesinos estaban muy lejos de comulgar con sus principios, pero para alguien que tiene la certeza de que todo lo que existe es en su sustancia eterna-indivisible, posee el mismo valor axiológico un crimen que una oración. Nada significaba el que la chusma protestante hubiera incendiado monasterios e iglesias, condenando a la hoguera a inocentes, sacrificando niños, violado y saqueado, lo único que era menester tener en cuenta era que ese conjunto de rústicos había conquistado la atroz conciencia de que la Iglesia, como el emperador son virtualmente un escarabajo, unas alpargatas, o un maravedí.

El texto griego que descubrió fue un escrito de Empédocles de Agrigento, en donde el filósofo afirmaba: "He sido un niño, una muchacha, una mata, un pájaro y un mudo pez que surge del mar", en esta declaración de la trasmigración de las almas, encontró un sentido

oculto que hizo corresponder con el espíritu de su negación. Pensó que si Empédocles había podido ser en diferentes instantes —identidades distintas—, nada impedía que un cristiano al considerar a Dios creador de todo lo existente, pudiera ser a su vez, un ángel, un árbol, o el viento.

De pronto se sintió en un callejón sin salida, pues si se había servido, tergiversándola, de una sospechosa noción pagana para inspirarse, quedaba, sin embargo, un serio problema por resolver. Si todas las cosas eran una idea en la memoria de Dios, era por completo factible que la idea del emperador tuviese atributos concretos que la hicieran idéntica a sí misma y diferente a las demás, por lo tanto única y absoluta; de ser así cualquier variación sobre la unicidad de la sustancia sería prolongar el error infinito; en esos momentos de grave desaliento, en que parecía que el Espíritu Santo cegaba su entendimiento para salvarlo, se dijo que todos los conceptos no son más que una aproximación a un proceso racional perfecto.

Razonó que si el universo ha sido creado en la unidad, todas las cosas creadas tienden en potencia a recobrar su ser original, puesto que Dios no pudo haber realizado una creación desarticulada y dispersa; luego estas ideas que pienso, pueden ser suspiros o pájaros, y esto lo puedo decir porque siento el viento y toco la tierra.

Creía ver en su mente desasosegada el signo de la muerte de una edad, una edad en la que se había luchado y muerto por lo que ahora él rechazaba, quizá el pensamiento de que el Papa podía ser un clavo, un reprobado o una serpiente, no era más que la nostalgia de los símbolos que declinaban.

Su temeraria concepción posiblemente hubiera pasado inadvertida en aquel tiempo fecundo en herejías, si comentándola con un teólogo no hubiera escandalosamente afirmado —como lo hizo el dulce Melanchton— que deben considerarse igualmente como actos de la voluntad de Dios: "la traición de Judas que la vocación de San Pablo".

Aquella noche soñó que un ángel luminoso lo incitaba a la desobediencia. Al día siguiente la Inquisición lo juzgó.

Hubiera podido arrepentirse en el Auto de Fe, pero para alguien que cree en el principio indivisible y universal de la sustancia, lo mismo le da ser hombre de carne y hueso, que tronco, fuego o ceniza.

LA ARAÑA

Con precisa calma, sin manifestar su enfado, tomó con un movimiento delicado el tarro de cerveza, lo observó a través de la luz difusa que llegaba de la tarde, le dio un pequeño trago y fijó su atención en el rincón de la taberna donde una araña se balanceaba pendularmente en su red. Recordó varias cosas; pensó en sus tobillos desnudos, en las rosas que siempre adornaban su pecho, y creyó distinguir en la infinita labor de la araña, un indicio secreto de falsa complicidad.

A ella la había visto una noche en la cantina que frecuentaba; esa noche como otras más, se dejó arrastrar por la inercia de sus hábitos, tomó el número de cervezas acostumbrado y se sentó a jugar en no pensar en nada, o a detenerse en una idea para matarla de tanto pensar en ella; en un momento su armonía cansina, imitativa de las mesas inexpresivas, se vio cortada por una risa femenina proveniente de una mesa vecina, se volvió con severidad y enfiló una mirada de reproche a la causante de su disturbio, encontró unos ojos negros que lo examinaron con atención para después cambiar bruscamente de rumbo, como si no hubiera mucho que mirar; sin saber por qué le dieron ganas de beber más, y esa noche tuvo un sueño agitado.

Al día siguiente sintió con extrañeza que no podía concentrarse en sus clases, los exámenes que revisaba

cada vez le parecían más idiotas; se preguntó si no estaría enfermo de los nervios, y despachó con prontitud todos sus asuntos; revisó con cuidado la mayor parte de las palabras que había dicho aquella mañana, sus juicios le parecieron más que nunca vulgares, y su inquietud alcanzó la incomodidad y el mal humor.

Se dio cuenta de que algo singular le estaba ocurriendo porque raramente se sentía tan profundamente disgustado de sí mismo.

En su departamento quiso encontrar paz en la lectura de Robert Brasillach, pero su propósito de serenarse se vio traicionado por la impaciencia, derramó así el café que preparaba sobre el piso de la cocina, sintiéndose torpe y pegajoso como la jerga con que limpiaba.

Al ver que a nada conducía el tratar de refugiarse en la vida trazada por la costumbre, decidió entrar en un cine para evadirse, se concentró inútilmente en la película, como si la cinta contuviera un fondo críptico y obsesivo; resignado, volvió a su departamento y sumergido en el sillón de cuero creyó ver la imagen de una araña ascendiendo sobre la frágil construcción de su red, colgando sobre un rostro aterrado e irreconocible.

Esa noche la buscó con resolución desesperada, en la misma taberna de la noche anterior, la encontró solitaria, con desenvoltura se acercó a ella y hablaron un extraño lenguaje, en que el silencio expresaba más que la palabra, por un momento pareció advertir que la araña que había contemplado alzando su ingravida arquitectura, se detenía para mirarlo, en su larga tarea interminable.

Ella era peculiar. Parecía amar con temor e indecisión, sufriendo de una fobia irresistible a las arañas, no sólo le repugnaba su aspecto, su concha negra, sus patas

flexibles, su forma de pegarse a las paredes, sus ocultas pinzas venenosas, o su manera de agitarse destripadas por un pisotón; le parecía abominable que tejieran con la sustancia de lo efímero una creación infinita. A veces ella le decía al oído: "Son tan constantes, invencibles y múltiples como la sombra de cada uno de nosotros", o a veces "son tan constantes como la muerte".

Una tarde, luego de haber mirado la foto de la tortura que aparece en *Farabeuf*, creyó descubrir algo definitivo, supo que el malestar inmediato que había sentido al verla, con la súbita transformación de esa sensación en alegría, guardaba un significado para la vida de sus sueños. Reflexionó en varias cosas, se dijo que su existencia antes de amarla no tenía otro sentido que su función onírica —sueños fabricados dormido, en la vigilia o en la lectura—; recordó que la noche en que la había contemplado por primera vez sufrió de un sueño agitado, como si el propio espíritu del sueño lanzara un grito de alerta desde el fondo de sí; luego se dio cuenta que inadvertidamente, al conocerla, sus sueños se habían vertido hacia afuera, concretándose en ella, desterrados de su alma. Comprendió finalmente que su continua alusión a las arañas y su exagerada aversión por las mismas, ocultaban una profunda identidad.

Ella era también "constante, invencible y múltiple", sólo que ella tejía una clase distinta de redes, ella forjaba interminablemente sueños, despojando a los sueños de los otros, en poco tiempo borraría su sombra al vaciarlo de su fantasía. Ella tejía y tejía pretendiendo crear una sustancia duradera e infinita, un sueño eterno, universal, indestructible, para eso se alimentaba de las obsesiones de sus amantes, pues sólo con el amor es posible extraer la preciosa corrupción del corazón.

Quiso poner fin a la labor de la araña, evitar que su amantísima siguiera clavándole su par de uñas ganchudas. Pensó que quizá era una falsa solución, puesto que al fin y al cabo, cierta parte de él, aunque desvirtuada, continuaría existiendo en su cacería, en que exhibiría los trofeos prendidos a su teleraña.

En la noche fue a la taberna en que la encontró, miró a su alrededor y como si de sus ojos cayera una carnosidad viscosa, un pedazo de red transparente, otra vez sintió que el mundo retornaba a lo ordinario, tomó a sorbos lentos una cerveza, y entendió que el amor debe ser venenoso, se levantó, pagó con un ademán lánguido y se dirigió a su departamento en donde había hallado su cuerpo y el de ella, en donde habían vivido juntos. Al caminar recordaba sus tobillos desnudos, sus senos altivos, se introdujo furtivamente en el edificio, con pasos silenciosos llegó a su puerta y la abrió con cuidado sin hacer ruido, destapó con manos temblorosas un frasco y una tarántula empezó a caminar vacilante por los cojines.

EL CONQUISTADOR

Al principio creí que el tiempo había encarnado en un animal mágico, y me dediqué a perseguir dragones, ciervos alados y unicornios; desgraciadamente esta cacería fue estéril, aunque no del todo, porque logré atrapar una salamandra sabia, que murió de murria, cuando me acercaba a la Florida. Después concebí la idea de que el tiempo se escondía en la herrumbre de las rejas y en el moho de las espadas, y buscándolo conquisté el amor y cicatrices de guerra. Pensé entonces que el tiempo podía estar en la iglesia o en los libros, y recorrí los largos siglos de sabiduría teológica, las ideas de los hombres, el silencio de los claustros, y hallé sólo su sombra gigantesca. Lúcidamente angustiado, comprendí que el tiempo, como la mujer, se cierra a la esperanza cuando uno ya no cree en su existencia. El tiempo en su inconsecuencia y en su afán vengativo sólo puede ser domado por la indiferencia; lo mismo que la mujer, se alimenta de ilusiones y de secretos y, como ella, permanece tendido y satisfecho cuando está saciado.

Me dije que el pretender regular una realidad fragmentada con la presencia invisible de un vasto fantasma, era adulterar con un gesto pretencioso el argumento contenido en el *Alcorán*, pues "si nada existe si el ser no lo forma", luego el tiempo debe esperar a que lo engendres.

Cuando a través de mi paciente inquisición llegué a la Florida, se me había ocurrido que el tiempo se encubría en un enigma paradójico, razoné que únicamente un territorio insalubre y pantanoso como el de la desconocida península podía guardar la maravillosa fuente a la que se refirieron las crónicas de la piedra filosofal y del Santo Grial, pero el tiempo se desvaneció otra vez entre la selva y el calor, furtivo y tembloroso, como un unicornio herido.

Al cabo de esta expedición indagué palabras y signos mágicos para conjurarlo, exploré la cabala y las leyes de los grandes doctores, pero todo fue inútil.

Ahora, viejo y solitario, menos entusiasta y más reflexivo, con un morrion reposando a mis plantas, como un perro fiel, he llegado a admitir la terrible verdad: el tiempo no es una fuente, ni un ciervo alado, ni un signo mágico; es una ilusión, es una mujer.

EL FILOSOFO

Las esferas cenicientas se perdían en la inmensidad de la arena, una vara de madera dibujaba octaedros y cilindros en el cuerpo de la tierra, el sol se detenía lumínico en las cabelleras hirsutas, abstraído, con los músculos rugosos, y las venas viejas y dolientes, un sabio griego se mesaba la barba.

Salió descuidado, el abrigo puesto apenas sobre los hombros, los zapatos cubiertos de fango, acumulando en su rostro cansado las clasificaciones de *La Enciclopedia Italiana*; sus ojos miraron distraídamente los cañones que le apuntaban, no se sorprendió, Giovanni Gentile, el filósofo idealista, sabía que su destino era morir desde que aceptó retornar en Saló a la inmundicia.

Mientras leía a Hegel y lo interpretaba para sostener la abstracción de un Estado absoluto, humillado por el asco del *manganello* y el aceite de ricino, nunca pensó que separado por capas de nubes y de olivos podría resolver sin proponérselo la ecuación de la Academia forjadora de las dimensiones matemáticas que rigen el mundo. En igual forma, el discípulo de Fenécides y Anaximandro, jamás imaginó que, al cabo de dos mil años de pistas defraudadas, un hombre intoxicado de aberraciones heroicas fuera sacrificado por sus conocimientos.

Quizá nada unió la intención salvaje del tumulto que arrancó la vida a Arquímedes con la aversión de los partisanos hacia lo que les era incomprensible --ellos sólo habían conocido la teatralidad degradada y la dictadura oprobiosa—; se puede imaginar que en momentos distintos en Grecia y en Italia la irracionalidad cegó ánimos dispares, sin atender a otra vinculación que a la descarga fulminante y vengadora de la cólera. Pero esta interpretación casual y escéptica se ve contrarrestada por la sabiduría muda de los hechos. Un matemático, trazador de sueños geométricos, creyó que el movimiento esférico era la clave del dominio político; un filósofo, engendrador del monstruo de la razón, llevó indeleble en la memoria el símbolo de los lectores; esto nada nos dice si lo contemplamos en su existencia externa, a lo sumo puede producir repulsión y violencia. Atendamos entonces las relaciones subterráneas que para el griego estuvieron marcadas por el sino y para el italiano por la tragedia. Formas similares de enfrentar la *moira*.

En los fragmentos de Filolao se lee que "el maestro posee el don de la ubicuidad y uno de sus muslos es de oro"; en la crónica del joven periodista Evola podemos leer horrorizados "el filósofo ha aparecido en los estandartes de la décima flotilla, y en las palabras de sus enemigos"

Para los creyentes en los misterios órficos y en la metempsicosis, era extraño el afirmar facultades mágicas en el taumaturgo de la armonía numérica; resulta más difícil asimilar el párrafo precipitado y fantasmal sobre el director del Congreso de Bolonia, especialmente si consideramos que la realidad había tejido ya una malla de enigmas sangrientos.

La explicación matemática del mundo no es muy di-

ferente a la interpretación filosófica, las dos buscan un principio que ordene los fenómenos, una condición de la cual derivar condiciones fijas de proporción y simetría. El transeúnte de Egipto hizo temblar las elipses entre sus dedos; el amante de las categorías filosóficas creyó en el abismo del *Risorgimento*.

Aristóteles aclara en su clasificación del conocimiento, que las representaciones numéricas y geométricas corresponden al segundo grado de la inteligencia abstractiva, en el cual las especies se encuentran ya aisladas de sus características naturales; esta afirmación reduce el pomposo monumento de la exactitud matemática. Por su parte, Diógenes Laercio no es tan severo con el saber numérico si éste llega a ser transformado en música. Los planes educativos concebidos por el pensador, que acudiría fielmente al llamado del dictador que sería colgado de un gancho de carnicería, se proponía una adecuación de la conducta ética con la armonía musical.

Todas estas analogías no pueden explicarse a través de las bestias frías que rondan el azar, su enlace secreto es tan definitivo como una ecuación escrita en un muslo de oro. De cualquier manera, el verdadero sentido del destino está dirigido por las furias.

El automóvil avanzaba pegado a las piedras como un viejo encorvado, los balazos rompieron los cristales dejando caer su fugaz sombra contra las puertas perforadas; en otro espacio, agitadas cabelleras se sublevaron en Cretona, clavando sus lanzas en los números.

Los partisanos dispararon contra letras que huían de la historia, destruida Roma, enterrada la nueva era de la muerte, sin comprender que su blanco —el filósofo italiano--, se había refugiado en los símbolos

forjando la espada de Odín, decidió dedicar su vida a la investigación del cuerpo, descubrió que la biología no es más que la extensión de un principio cósmico, y que la verdadera misión de la medicina debería consistir en prepararnos para una muerte heroica, y no para la prolongación enfermiza de la vida.

El extremismo de sus ideas lo hizo por un momento retroceder, recordó a su madre paralítica y a su tío defame, sintió que su miseria nacía de la compasión, recurrió entonces a visitar los museos del Reich, se detuvo en el museo municipal de Berlín, ahí observó, una y otra vez, un cuadro en el que un venado blandía sus astas tratando de defenderse, mientras que perros de cacería lo desgarraban a mordidas. El venado retrocedía como su madre y su tío en la vida, hasta transformarse en una sombra huidiza.

Decidió entonces inyectar una sustancia letal a su madre y a su tío. Les dijo que la inyección les daría nuevas fuerzas, que la madre podría mover con más facilidad el brazo derecho y la cabeza, y que su tío dejaría de arrastrarse encorvado para pasar de su cama a una silla.

Esa tarde, antes de inyectarlos, les leyó fragmentos de Goethe, y recordó las últimas palabras del escritor: "Luz, más luz", después miró cómo la boca de su madre se llenaba de espuma y escuchó los estertores de su tío. Esos mismos estertores multiplicados los vería manifestarse en sus experimentos de la guerra cuando el gas Zyklon-B era aspirado por los prisioneros.

Regresando a su clínica, después de uno de los últimos conciertos que se escucharon antes del desastre final, dirigiendo Von Karajan a la orquesta de cámara de Berlín, en las calles sepultadas por el fósforo calcinante, serruchaba con tesón el cráneo de un prisionero

eslavo —extraña variante dolicocefala— mientras que su ayudante barría los mechones de la cabeza recién afeitada. De pronto, la radio del Reich suspendió sus transmisiones y se escuchó una voz que decía: "El canciller del Reich, Adolfo Hitler, ha muerto defendiendo Berlín" e inmediatamente después "La marcha fúnebre de Sigfrido".

El doctor apenas hizo un gesto y se aproximó a la ventana. A la luz de la luna una fila de heridos que se retorcían quejándose; vanos agitaban los muñones sangrantes, otros se sostenían los intestinos perforados por la metralla. Estaban ahí desde la noche pasada sufriendo el frío y la ventisca.

El doctor recordó a su madre y a su tío y poniendo en funcionamiento los altavoces del campo empezó a leer cuentos del romanticismo alemán.

EL VENABLO

El venablo se agitó en el viento, como la cabellera de una mujer, mostró su esencia de fuego en el corazón sangrante, se inclinó desmayado hacia el hocico de los caballos, se postró en la tierra, y negó a los brahmanes los diezmos y ofrendas. En el poblado, las mujeres tejían el hilado; hombres desocupados hollaban la suerte con los dados, y las cabezas de los tigres eran arrastradas como ruedas solares.

Tirados por dos bueyes blancos, dos figuras se fundían en las antorchas, su destino había sido santificado por los dioses, nadie podía saber si el fruto de su amor sería abandonado como un pensamiento podrido, o si alcanzaría el peligroso honor de los ksatriyas. Todo dependía del sura que se hubiera bebido en la noche de bodas.

Los poetas se entretenían escribiendo el *Rig-Veda* anticipando al "ser nacido del no ser"; seres bisexuales, energías instintivas, fuerzas antagónicas eran ordenadas por Eta; en su ley inmanente y universal todo estaba contenido: las auroras oscuras que aún no han transcurrido, el imperio de la confusión y de los sudras, la declinación de los ksatriyas, la sombría edad del "Kali-Yuga". En el principio todo estuvo trazado por el vuelo del venablo.

LA CRUCIFIXIÓN

Clavos de herejías congeladas lo taladraban; la depravada multitud escuchaba la repetición interminable de los martillazos, hilos de sangre muerta vaciaban los cielos. El hijo de Dios era crucificado. El monje no lograba reprimir un grave desaliento ante ese Cristo vulnerable, retorcido de dolor, sediento y suplicante; por otra parte, todo el párrafo le había parecido demasiado plástico para la realidad de un verdadero Dios perfecto.

En ese tiempo, en su convento en el Languedoc, se empezó a oír la ola rugiente de una nueva rebelión de los hombres contra el imperio de Roma, el vehículo de su dispersión fue la poesía, y las corrientes sufíes y maniqueas, que no podían dejar indiferentes a los talentos refinados de Toulouse, el más importante centro de la civilización occidental, en donde las doncellas postradas por lanzas eran tendidas sobre escudos de sangre.

La vieja herejía ya se cantaba en los castillos del mediodía, cuando los caballeros levantaban sus yelmos al sueño de Platón y de los pitagóricos. El fraile dejó de comer la brutal carne de las ovejas, y el vino ya no bañó su boca perpetuándose en los toneles del sótano del monasterio, como si los dogmas se humedecieran por el moho de los muros, y languidciera la lascivia por el odio a prolongar el acto satánico de la creación.

Fue entonces cuando la forma peculiar de sus ideas lo conduciría a la convicción de que el todo no puede fragmentarse, y menos encarnar Jo incondicionado y sobrenatural en la finitud de la criatura humana; luego, necesariamente, el misterio de la encarnación no era más que una impostura, que destruía la noción de un Dios que fuera espíritu puro e inviolable.

Unida a esa reflexión se le ocurrió que si se admite el infierno de los teólogos cuyo estado se expresa en desorden o ausencia, la realidad visible al ser tan deficiente, y mantenerse en constante desequilibrio, manifestaba el dominio de lo inferior sobre la tierra. De ser cierto esto. Cristo en caso de ser Dios, había representado una comedia en la crucifixión, ya que Dios no puede caer tres veces humillado bajo el peso de un madero, ni ser escupido, ni befofo por la plebe, ni sudar sangre por miedo, mucho menos sentir el dolor de los clavos p'entrar en sus muñecas. Existía otra posibilidad, pero el sacrilegio lo dejaba paralizado; en las noches se veía como un gusano de ojos rojos.

Al fin un día interiormente escandalizado por la falta de honor, y la debilidad del "sermón de la montaña", consideró que si Cristo no había sido un esteta, entonces era un embaucador de las tinieblas cuya actividad había sido autorizada por los ángeles caídos, y la potestad de Satanás sobre la materia.

A continuación contempló en los Evangelios la inversión de los atributos de Dios, una infección antropomórfica que condenaba a la divinidad a cumplir con los más insignificantes actos del hombre, como: pulir madera, viajar en un asno, ser adorado por muías y vacas, llenar tinajas de vino, acercarse al calor de Magdalena, y re-

querir que se vele junto a El por la incertidumbre de su destino.

De estas meditaciones escribió varios escritos clandestinos, que pasaron a ser la teología preferida de la nobleza de Occitania.

Su tesis era tan desmesurada que pareció frenar cualquier castigo humano, aun los rubios normandos, ambiciosos y primitivos, detuvieron sus espadas, y la misma Inquisición se sintió paralizada ante el horror. La Iglesia ordenó que nadie le hablara, y se prohibió la celebración de la misa por donde él pasará "dejando un rastro maldito" como atestigua un cronista anónimo, en las actas oficiales del proceso, que fueron publicadas por la masonería de Baviera en el siglo XVIII

La herética imagen de un Cristo artista, que detrás de su máscara de dolor permanece imperturbable como un dios autárquico, que es un sí y un para sí' el cual con un profundo espíritu irónico entretiene su aburrimiento de la eternidad con la inútil cólera de los hombres; representando hasta el final la miseria más hondamente humana, era una blasfemia imposible para ser expuesta.

La otra alternativa, de un ángel caído disfrazado de hijo de Dios, provocaba el inexorable anatema de la Iglesia Católica como institución satánica, resultado de la fe en una naturaleza proscrita que había fundado una civilización infernal.

El monje pensaba que era insalvable para la imaginación determinar las características iconográficas de un Cristo esencialmente contradictorio, pese a ese impedimento teórico, los herejes mezclaron a Cristo con todo tipo de formas zoológicas y de hibridaciones degradadas. Un Cristo mitad Dios mitad vaca, un Cristo con pezuñas de cabra como el antiguo Dionisios. La última hoja

que escribió el fraile es una refutación subjetiva de los sufrimientos de Cristo: "Debemos saber que para la Majestad de Dios no hay imposibles, si Cristo fue Dios es un artista, si Cristo no lo fue es un ángel caído."

NOTA

Cualquiera puede protestar por esta versión, que es incompleta, y que constituye un pobre reflejo del dios esteta y del dios demonio. Aproximándonos a nuestro tiempo, encontramos la concepción de Nietzsche sobre un dios artista atrozmente hastiado de la eternidad, o la creación fantástica de H.P. Lovecraft en la que la divinidad es descrita como: "Azathoth, demonio idiota y ciego, que ruge y se arrastra por la inmensidad del universo."

EL CABALLERO ROJO

En la torre se escuchaba el laúd las manos blancas de la doncella se transparentaban en las cuerdas, afiebradas por la ansiedad de la perfección. En su existencia entre dogos y estandartes no recordaba haberse sentido arrebatada por nada, aun cuando al final del milenario se leyeran en los templos los pasajes más terribles del Apocalipsis, y la grey en sus osamentas de polvo rogara a Azrael que su desoladora trompeta, anunciadora del final de los tiempos, enmudeciera.

Se había dedicado al arte pese a los murmullos de los *dérigos* que consideraban que nunca estaban suficientemente cerradas las compuertas para la entrada del humo infernal, que pudiera ahondar las heridas del rostro sangrante, cuya imagen *recogió* la Magdalena. Los caballeros se ocupaban de calzar las armaduras y partir a las cruzadas, el pueblo se entretenía viendo cómo una jauría luchaba contra un oso.

El leer era profesión afeminada que debilitaba el pulso de la espada y enturbiaba la mente con ideas, y en épocas de fe los libros deben servir para aumentar el forraje de las bestias, pues todo está escrito por el cielo. Apenas cabía pensar que la visita del caballero rojo la hubiera sustraído de su indiferencia, que el relincho del caballo plateado por el reflejo de sus armas, hiciera

vacilar a sus dedos estropeados por la ardua práctica del arte del laúd. Su cabellera era corta como la de una novicia, queriendo indicar que si algunas mujeres formaban parte de las infinitas esposas que posee el Espíritu Santo, ella había roto con el mundo para entregarse a la adoración mística de la música.

Ahora el recuerdo de una imagen atribulaba sus manos, congelándolas, para labrarlas con un fuego distinto, de respiraciones anhelantes, olvido de sus deberes, y sueños rojos de sábanas húmedas.

Se prometió no verlo, hizo penitencia, llevó el cilicio y se flageló, ayunó y oró pero no podía arrancar de sí la única mirada que la miraría para siempre.

No pudo resistir más, y por medio de su aya envió su pañuelo al caballero rojo, un pañuelo guardado noches enteras entre sus senos, con el que había limpiado las gotas de sangre de su penitencia. Comprendió que el Espíritu la había abandonado por serle desleal, que sus manos jamás podrían volver a pulsar el laúd, que un peso plomizo las había vuelto indóciles. Se dio cuenta leyendo el evangelio "que nadie puede servir a dos señores", meditó y tomó una decisión.

Al fin, se atrevió a conceder una cita al caballero rojo, cuando la luna resplandeciera y las gualdrapas de su caballo brillaran a la luz nocturna. El caballero rojo entró por la puerta secreta del castillo, sólo pudo ver sobre el lecho de su amada, para su desconuelo, un laúd. Al día siguiente la doncella pulsaba otra vez con seguridad las cuerdas de su instrumento, como si el espíritu de la música hubiera fielmente regresado.

EL BIBLIOTECARIO

Se sentía con los párpados cargados de arena, un ligero dolor de cabeza enturbiaba su concentración, sus manos blancas y delgadas apenas podían sostener el pesado libro que leía; abstrayéndose de la vida petrificada de los párrafos, pensaba que las palabras, como expresión de siglos olvidados, son esencialmente inmutables, pues en nada les afecta la fatiga o el dolor de los hombres, recogen las cenizas de las grandes hazañas, los sueños abstractos, las pasiones intensas, desligándose para siempre del instante que los engendró.

Sus manos descansaron en la cubierta del libro y con apatía encendió un cigarro, se dijo que si las palabras pueden ser desintegradas inmediatamente por el tiempo, es posible preservarlas de su destrucción y hacerlas invulnerables; creyó descubrir que una biblioteca al ser un cementerio infinito de conceptos es al mismo tiempo una fuente permanente de nuevos significados, con cuidado tiró la ceniza de su cigarro en la alfombra y contempló las nubes del humo difuminado y blanquecino.

Todas sus reflexiones sobre las palabras se detuvieron bruscamente, paralizadas por una angustia imprevista, si bien en su oficio como bibliotecario había encontrado la vida recogida y tranquila que había ansiado en su juventud, siempre había deseado el deleite de la energía misteriosa. En un principio trató de remediar

su insatisfacción viviendo artificialmente la vida de otros hombres; pero sus venas se habían vuelto viejas, sus hijos habían crecido, y ya nada le decían las antiguas novelas preferidas de su juventud. Era como si una monstruosa palabra amorfa le hubiera devorado los nervios.

En ese tiempo en que la fealdad de la calle se le hacía más aguda, en que lo desquiciaba cualquier ruido, y en el que sentía una sensación viscosa al frotarse la piel al bañarse, lo sorprendió la lectura de un episodio de las guerras religiosas europeas del siglo xvi.

Pese a su existencia vulgar, se había sentido atraído por aquellos combates en que los hombres morían por la belleza ignorada de una realidad eterna, en la biblioteca había atesorado como un sepulturero maniaco las palabras muertas, testigos de las guerras metafísicas de los hombres; esas palabras, encarnaciones de ideas por las que se había luchado a sangre y fuego, vivían ahora solamente en la conciencia de un bibliotecario.

Pedro Menéndez de Aviles, un recio capitán asturiano, había recibido la orden de Felipe II de ir a recuperar el dominio perdido de la Florida, ocupada por bucaneros hugonotes, al rey católico no le importaba tanto la conservación y el acrecentamiento de la gloria terrenal de España, como la preservación en el universo de su concepción espiritual del mundo. El rey del imperio en donde no se ponía el sol era en realidad un egregio prisionero de los conceptos. Vivía como él en un laberinto infinito de signos.

En las tardes lluviosas de reflexión y de morriña la desierta biblioteca parecía bostezar con el agotamiento de una cultura milenaria, la hazaña realizada por conservar una totalidad articulada de palabras y de significa-

dos había despertado en su corazón dormido a la aventura el hambre de hechos memorables.

Al principio de la primavera de 1565 había salido de España una escuadra de diez buques, llevando a bordo 500 colonos y varios cientos de soldados con el fin de expulsar a los intrusos calvinistas; cuatro siglos más tarde en una biblioteca un hombre tomaba café creyendo ser, mientras lo sorbía a pequeños tragos, un soldado del imperio.

Entre las filas interminables de libros congelados, la historia volvía a repetirse, y otra vez, se desenvainaba la espada y se creía en la cruz. Pensó que la distancia que nos separa de los instantes irrecuperables es en realidad una inmensa parábola, si se logra sustraer del tiempo la vulnerabilidad de los conceptos. Se dijo que no importaba que los hombres que realizaron la proeza fueran ahora polvo o sombras históricas de un pasado legendario, aún es posible desenterrar el humo de los siglos muertos si estamos dispuestos a morir por ello.

La muerte no hizo temblar el brazo de Pedro Menéndez de Aviles, porque la muerte como las palabras está cargada de significados distintos, irreductibles a los intrascendentes cambios de los hombres.

Supo que en su soledad él también podía combatir por cosas invisibles, y sin quererlo sus ojos se llenaron de asombro.

Los días que siguieron fueron de desvelos y de fiebre, todo había adquirido un nuevo contorno, y él se deslizaba sin asideros por un espejismo desgarrado por el tiempo.

Ya no se creyó un sepulturero de palabras, ahora forjaba con la sangre de sus sueños el verbo eterno y definitivo.

Una tarde descubrió que todo sería inútil si no estaba dispuesto a enfrentar el aliento pestilente de los siglos descompuestos, pues sólo el valor y la fe libran a los conceptos de la muerte.

Pensó que los españoles habían arriesgado su existencia física en mares desconocidos y tierras extrañas para ir a propagar lo que creían, se sintió desmadejado por el terrible calor de la Florida y por el viaje en un mar bravo y misterioso.

En la noche sus manos se agitaron en la penumbra y la muerte le pasó rozando como un pesado cuervo. Al otro día el cielo apareció puro y azul como una palabra inalterable, era a principios de la primavera, los pájaros cantaban y la vida resurgía de la oscuridad fría del invierno, con pasos lentos descendió al sótano de su casa, y hurgando en un viejo cofre de madera halló la bufanda de seda de su juventud, pensó que ese momento jamás hubiera ocurrido si unos españoles en el siglo xvi no hubieran viajado a la Florida.

Se dirigió a la vez feliz y nostálgico a la biblioteca, creyó ver detrás de las nubes blancas una extensión perdurable y absoluta, al llegar cerró la puerta con sigilo, y contempló las hileras infinitas del pensamiento de los hombres. Pensó que detrás de la fragilidad y de la disgregación debe existir aquello que desde el principio ha sido, sus libros parecían mirarlo con la tristeza postrera de las palabras que mueren porque nadie ya las leerá; en ese instante cuatro siglos atrás un soldado español caía herido de muerte por un arcabuzazo, en ese instante cuatro siglos después un hombre de manos blancas y febriles transformaba su bufanda en un grueso cordón de seda.

EL AJEDREZ

Los cuadros de marfil mostraban sombras de caballeros, rostros agrietados de reinas, olvidados movimientos de alfiles, memorias de jugadas inconclusas.

El ajedrez representaba la jerarquía angélica del derecho divino, las especulaciones teológicas sobre el orden del cielo, las elucubraciones acerca del diálogo de los ángeles, las envidias de los coros hacia los serafines.

Sí era cierto que todo lo que ocurre en la tierra es reflejo del cielo; en algún lugar, fuera del mundo, se libraba la partida original de los reyes y de los peones.

Parecía cierto que el juego ilusorio y preciso escapaba a la desolación de las aldeas saqueadas y de los cadáveres. Estaba claro que los musulmanes al ser excluidos de la catolicidad romana sólo pudieron imaginar el ajedrez fuera de la realidad; de ahí su facultad intemporal que obliga a los contendientes a ser expulsados del espacio y del tiempo. El suave movimiento de las manos y las figuras de las piezas eran la prueba de que la cimitarra se acompañaba con el pensamiento.

Los peones yacían en las torres, los caballos nerviosos se disponían a saltar, una estratagema preparaba el cerco del rey y de la decapitación de la reina.

El tablero constituía el testimonio de que el universo sólo puede ser explicado por una convención que re-

glamente la historia de los hombres a manera de un juego, ése era el único modo de unificar la imaginación de Oriente y Occidente sobreponiendo las normas de lo lúdico a las doctrinas religiosas.

Quizá la premonición de esta intuición apareciera en las banderas verdes que arrasaban las tierras y los mares, extendiendo el destino de la catedral de Santa Sofía.

El ajedrez era la realidad apartada y diferenciada de los reprobos, la región inexpugnable de los amantes, la frontera sellada por juegos compartidos. El ejercicio de dos civilizaciones opuestas.

LA CONSPIRACIÓN

Aquellos que tienen talento para comprender la fe de Carlomagno

Hilaire Belloc

El carruaje se cimbró, sus vidrios estallaron sobre las baldosas de la calle, y un denso olor a pólvora se alzó sobre la melena desmañada del primer cónsul. Hostigado en todas partes por el antiguo orden, procedió al escarmiento de la memoria de los borbones; ya había pasado el tiempo en que graduado como oficial de artillería, atesoraba monedas por la vergüenza de la pobreza, y en que obedeciendo al terror veía rodar en la plaza pelucas ensangrentadas.

En la batalla de Marengo, los austríacos fueron vencidos por los soldados hambrientos que llevaban en sus mochilas de campaña las tesis impuestas por la guillotina. Austria no podía tolerar que un advenedizo pretendiera adueñarse del título de Emperador Universal de Occidente, actitud semejante a la de la antigua Bizancio, cuando reprobó la unción divina y sacramental de Carlomagno.

Quizá por eso el pequeño corso Napoleone di Buonaparte ordenara en su coronación la minuciosa recons-

trucción de la diadema Carolingia, emblema de la autoridad del Sacro Imperio Romano Germánico.

En su isla rocosa, protegida de cañones empotrados en el aire meridional, el niño Napoleone cambiaba su pan blanco por el negro de los soldados, como si prefigurara el destino que tocaría a su puerta.

Sus ojos ardientes, su talla esbelta, su francés torpe y corso, anunciaba una nueva época que pondría fin a la legitimidad de una línea dinástica de 900 años para afirmar las estrofas de la Marsellesa.

Parecía como si Fortune, el perro faldero de la voluble Josefina de Beauharnais, rociara de excrementos los símbolos más entrañables de la antigua Francia, dominada ahora por tenderos que eructaban sobre la tumba de Clodoveo y sobre la figura de las gárgolas.

En las alcobas oscuras del León y el Unicornio, los realistas más recalitrantes preparaban un atentado, que iba dirigido más al espíritu que había derramado la sangre del derecho divino, que a la existencia material de la República. Bretón y le Moelean, realistas delirantes, colocaron un barril de pólvora en el sótano de las tulle-rías a fin de mostrar que los Capeto podían aún hacer escupir sangre. Napoleón era para los conspiradores la concreción de un trastocamiento irreversible, nada podría sobrevivir de los valores del viejo orden en la nueva sociedad. La gran armada, nutrida por el *18 del Brumario*, capaz de realizar una marcha de 44 millas en 36 horas, y de aplastar a los ejércitos monárquicos, portaba el virus del racionalismo y las ingeniosidades de Voltaire.

Los amantes de la Flor de Lis no podían comprender el nuevo calendario jacobino, que conculcaba el ritmo vital de múltiples generaciones, y que hollaba la aurora

y el crepúsculo de sus ancestros. Un tiempo que los exiliaba del mundo formado por mecánicas semanas de diez días, regido por entelequias como: el vendimiarlo, el ventoso, el termidor, el floreal, que abrían una brecha irreparable, practicando la amputación del tiempo.

La nobleza creada por Napoleón con los mariscales de Francia, seguía hablando el lenguaje del pueblo vulgar, los ritos de su corte correspondían al esplendor de la victoria y al derecho que da el atrevimiento.

La cuarta dinastía francesa-napoleónica era un desafío contra los siglos en los que había hervido como un caldo espeso la monarquía; noble caldo que terminaría arrojado por la fraternidad plebeya de la montaña.

Posiblemente los fallidos conspiradores sólo quisieron recobrar sus privilegios, pero fueron el instrumento de una misión literaria, abolir el tiempo, suprimir la realidad para perfeccionar lo permanente. La carroza deshecha inclinó sus ejes rotos sobre la calle alarmada, quizá su destrucción profetizaba el desplome de las águilas de la Vieja Guardia por el hielo de Rusia y el barro de Waterloo.

EL PIRATA

Oculto debajo de la escalera, esperó un rato hasta que sólo oyó su propia respiración anhelante, preparó la jeringuilla con movimientos febriles y se remangó su vieja camisa con dedos temblorosos, su cabeza desmelenada se agitó en el silencio y gruesas gotas de sudor le escurrieron por la frente, en la penumbra los delgados hilos de sus venas se perdían como ríos secos y su pálido brazo era un espectro.

A través de los cristales empañados logró distinguir unas ramas y en el fondo de la calle escuchó el ladrido de un perro, un movimiento cuidadoso abrochó los botones de la manga de su camisa y alisó suavemente su barba hirsuta.

En los últimos días todo había ocurrido sin su presencia, parecía que la realidad lo olvidaba con la minuciosa facultad que el tiempo tiene para borrarlo todo, al principio se sorprendió, quiso luchar, pero comprendió que era inútil, sin saber el porqué, ya que su misma vida era un porqué nunca resuelto. Apenas tomaba un vaso de vino por las noches, y veía crecer su hastío y su desprecio.

Una tarde con un amigo librero, tras conversar largamente y persuadirlo, logró obtener la edición original de el *Tratado sobre el filibusterismo* del poeta holandés

Horvard von Streicher. edición impresa en el año de gracia de 1750 en Holanda, y casi por completo desaparecida debido a las terribles e insoportables premoniciones encerradas en su narración de las hazañas y tropelías consumadas por los piratas en el mar Caribe; esa noche se enteró de cómo el pirata inglés Henry Morgan logró apoderarse de la rica ciudad española de Puerto Bello. Al dormirse en su cama soñó con un morrión, con el estallido cercano de un pistoletazo, y con una bandera negra; su cuerpo delgado fue iluminado por la luna.

Al otro día caminando por el bosque reflexionó en la crueldad del alma de Morgan y admiró su concepción de los hombres, pensó que Morgan asaltó Puerto Bello por una razón más profunda que los doblones y las alhajas. Morgan era demasiado inteligente para sacrificarse por la gloria del saqueo, ocultaba en todas sus hazañas el deseo de perpetuarse en la memoria de Dios y de los hombres, así en sus largas travesías concibió la idea de transformarse en una realidad infinita como el mar, el cielo, o la guerra. Cuando en su juventud, esclavizado, debía labrar la tierra bajo el azote del látigo, Morgan supo que todos sus instantes de dolor se multiplicarían por el mundo y que ninguno de sus sufrimientos le sería extraño al universo.

Cada vez salía menos de su casa, era como si confabulados, el sol y los pájaros negaran su existencia, en el fondo despreciaba el ligero desprendimiento con que las gentes viven.

Creía innecesario matar o vivir para vencer el monstruo invulnerable de su cansancio de los hombres, en momentos de lucidez se explicaba que Morgan hubiese volado el fuerte de Puerto Bello con todos los prisio-

ñeros dentro, como una manifestación de su porqué.

Una tarde leyó que un español, el general Castellón, cuando todos los soldados bajo su mando habían muerto, o caído prisioneros, permaneció con la espalda apoyada en un muro, y sosteniéndose con firmeza, combatió contra los filibusteros hasta que los cuerpos de éstos formaron una montaña de entrañas sangrantes. Una y otra vez los piratas embistieron contra Castellón, logrando sólo ser traspasados por su espada. Castellón, enemigo de Morgan, era en realidad muy semejante a él, cierto es que Morgan, cuando el español se negó a rendirse, terminó con él de un balazo; presumiblemente hasta el final no creyó en el valor de Castellón, como tampoco el general castellano creyó en la abyección de Morgan, los dos lucharon de manera absoluta, los dos buscaban perpetuarse, uno por la cobardía y el otro por el heroísmo.

Supo que él también buscaba transformarse en una realidad infinita como la muerte, el dolor, o la traición; adivinó que había vivido en Morgan y muerto en Castellón, en un instante había sido los dos al mismo tiempo. Esa noche soñó con su propio cuerpo cubierto por una bandera negra.

El día siguiente amaneció nublado y todo parecía hecho de bruma, con lentitud abrió el viejo libro en la página 347, en que se relata el asesinato del general Castellón, con parsimonia se desabrochó la bragueta y le derramó encima un caliente y espeso chorro amarillento que bañó imperturbable una muerte heroica, en la distancia creyó escuchar la carcajada de un pirata. Un pálido rayo de luz proyectó una sombra tenue en la pared, la sombra apenas dibujada de una calavera, se sintió completamente tranquilo, con dedos firmes se remangó la pijama, tomó la jeringuilla y al pincharse comprendió que para él había llegado la última batalla.

LA TREGUA DE LOS ÁNGELES

Desde una torre blanca, alzada por el sol deslumbrante, casi indistinguible, una larga figura envuelta en un turbante, llamaba los pensamientos de los hombres. Los bazares recogían sus colores desgajados: las esmeraldas arrancadas a los ombligos de las huríes, las sedas limpias de sueños, las armaduras damasquinadas decoradas con el mapa del mundo, y las curvas hojas perdidas en los cascos de los corceles.

En un pabellón azotado por la arena, Ricardo deliraba cubierto de llagas, sediento, con los ojos fijos en la cruz. Su hacha danesa descansaba junto a las hojas de San Juan, impasible su halcón púrpura saboreaba el recuerdo de las palomas. Nada parecía alterar la enfermedad del conquistador de Chipre.

Debajo de las pesadas murallas, inviolables como la pureza de los ángeles, las lanzas de los guardias papales despedían el fulgor de las antorchas, los salones del Laterano solitarios y enormes, como los dogmas de la teología, acogían las visiones de un noble italiano que llevaba la tiara.

Quizá nada hubiera de común entre la fiebre del campeón de los cruzados, y aquel que pensaba construir la ciudad de Dios; los dos representaban los símbolos de los monasterios y de los castillos, eran sombras de

la imaginación de todo Occidente, encarnaciones desprendidas de huesos pero no de sangre.

Después de cumplir con las abluciones rituales, descalzarse y dirigirse a un rincón en la penumbra, la frágil estampa se reflejaba en los arcos de la mezquita, su barba corta y su espada labrada en oro repetían las plegarias de el *Corán*, el libro de los libros moldeaba la mente del Malik en Salah as Din, el sultán místico y erudito que llegó a ser más famoso que el rey más cantado por los juglares.

Saladino envió frutas y nieve y hermosos caballos enjaezados; los cristianos en reciprocidad enviaron un mandoble que llevaba escrito en el acero la historia de la pasión; pese a la sutileza de su cortesía, en los castillos templarios las armaduras aún guardaban el hedor de Baldumo el leproso, y el vuelo verde del estandarte del califa.

La realidad parecía enemistar irreductiblemente a las Llaves de San Pedro con la Media Luna; en la Meca y en Roma los creyentes pedían el exterminio de los enemigos de Dios, y abandonaban la existencia ordinaria para hacer penitencia. Más allá de los altares profanados y de las mezquitas convertidas en establos; dos ángeles pensaban deponer las espadas.

Aquél, Plantagenet, cuya irascibilidad y torpeza en el mando lo condujo a las más grandes hazañas y a los peores errores, tocador de arpa e inigualable bebedor de vino, noble, inconstante, e infantil; era el perfecto reverso del sultán reflexivo que entretenía sus dolores de estómago con juegos de ajedrez.

La hueste atravesaba la piel de Medina, levantando al azul el polvo ácido de las piedras calcinadas; los bagajes como enanos rojos y amarillos se balanceaban en

el lomo de los camellos, y las banderas se extendían cumpliendo con el verbo de Alá. Atrás del Jordán los salvajes clanes kurdos, los jinetes turcoples. y los regimientos de mamelucos se preparaban a cruzar el desierto vislumbrando las doradas tierras de Occitania. Las llamadas "hordas del Anticristo" eran en realidad razas jóvenes, hechas para arrasar todo lo viejo y expiar con sangre los pecados de los hombres.

En Roma, el Papa luciendo el escudo de San Pedro en su dedo anular recorría el orbe conocido hasta las fauces de los dragones, en un mapa visitado de demonios y de serpientes, olvidado del hambre que diezaba los campos y las aldeas de Europa. La noche anterior, enfermo, luego de rezar, había leído "Jerusalén es el reflejo concreto de lo invisible, el símbolo de la ciudad eterna que conduce a la salvación"; a su vez el sultán en su palacio recordaba la promesa del profeta consistente en que en la Tierra Santa celebraría el Juicio final; para el Papa y el sultán, como para dos mundos en guerra, las murallas que la rodeaban constituían la mortaja de los infieles.

Los caballos clavaron su hocico espumoso, las riendas cubrieron los guantes de hierro, la cruz escarlata abarcó el horizonte, y los caballeros izaron sus lanzas, de sus gargantas reseca acostumbradas a la arena surgió un grito que resonó en el espacio "Dios lo quiere": al mismo tiempo los muecmes se hincaban en dirección a la Meca y maldecían la osadía de Ricardo.

Por encima de las gualdrapas desgarradas, de la ira de Ricardo y de la valentía del Sultán, dos ángeles se concillaban en el cielo estableciendo una tregua, la Guerra Santa quedaba sellada en sus labios luminosos y las potestades de la tierra se hundían avergonzadas. Es

inverosímil que un simple intercambio de pensamientos angélicos —transmitidos en conceptos perfectos— haya detenido la disputa sangrienta de los guerreros, si no consideramos las ideas de el *Corán* y de la cristiandad para las cuales el tiempo de la tierra no es más que un instante en la memoria de Dios.

Nadie permaneció extraño a la verdad. Saladino siguió fiel al Islam; el obispo de Roma lavó los pies a unos peregrinos; Ricardo rescató Acre y perdió Jerusalén; y el arcángel Gabriel reunió en su especie infinita a los cristianos y a los musulmanes.

Sin que los hombres se percataran, la tregua de los ángeles exigió un postrer sacrificio, el que sus sombras fueran absorbidas por las lenguas de fuego. Al poco tiempo, la plebe de Roma, congregada en la plaza, veía ascender mechones de humo gris que se confundían con los nubarrones, mientras que en los jardines de la gran Mezquita de Damasco una mirada apagada leía el último versículo de el *Corán*.

ÍNDICE

A manera de prólogo.....	7
El maestro	9
El hereje	13
La araña	17
El conquistador	21
El filósofo	23
El doctor	27
El venablo.....	31
La crucifixión	33
El caballero rojo.....	37
El bibliotecario	39
El ajedrez.....	43
La conspiración	45
El pirata	49
La tregua de los ángeles	53